CAPÍTULO XXXVI.

El ataque del arrabal.

> El mísero enfermo desahuciado, próximo á separarse de la vida, todavía abriga esperanzas, todavía confía. Á cada nuevo dolor que desgarra sus entrañas, renace la esperanza.
>
> La esperanza, semejante al resplandor de una antorcha, embellece y anima el camino: cuanto más crece la oscuridad de la noche, con mayor viveza brilla.
>
> GOLDSMITH.

No se pasaron muchos días sin que Luís recibiese, con la sonrisa de la venganza satisfecha, la noticia de que su consejero favorito, el cardenal de la Balue, gemía en una jaula de hierro, dispuesta de modo que no podía tenerse en pié ni tenderse en ella, y donde permaneció, por decirlo de paso, cerca de doce años por orden de aquel implacable monarca.

Las fuerzas auxiliares que el duque le exigió habían llegado también, y aunque insuficientes para luchar contra el ejército de Borgoña, si tal hubiese sido el intento del rey, eran sin embargo harto considerables para defender su persona, y esta reflexión le ofrecía algún consuelo. Por otra parte, podía libremente volver á tratar, cuando llegara el tiempo oportuno, del matrimonio del duque de Orleans con su hija; y aunque conocía que era para él una afrenta servir con sus más nobles pares bajo las banderas de un vasallo, y contra un pueblo cuya causa había favorecido, hizo muy poco caso

de esta circunstancia, esperando que podría desquitarse algún dia. — Pues, como dijo á su leal Oliverio, la casualidad puede hacer algunas bazas, pero la paciencia y la experiencia acaban por ganar la partida.

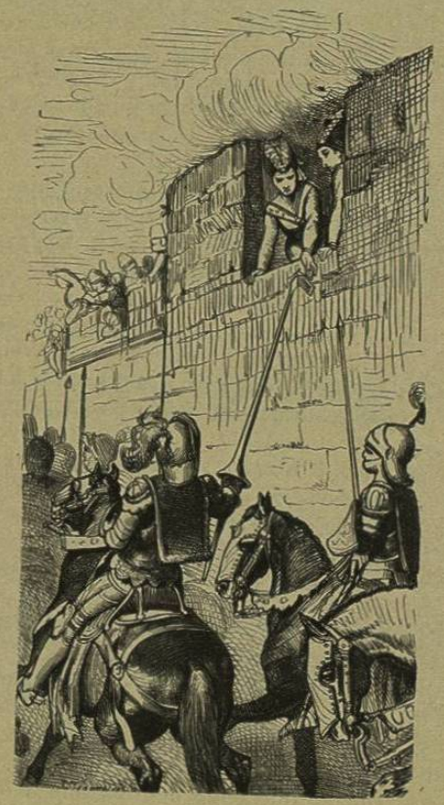
Entregándose á tales reflexiones, Luís, en un hermoso día de fines de verano, montó á caballo, y dándosele muy poco cuidado de que le viesen como formando parte del séquito de un vencedor triunfante, más bien que como monarca independiente, rodeado de sus guardias y caballeros, salió de Perona, pasando por la puerta gótica que daba entrada á la ciudad, para reunirse con el ejército borgoñón que empezaba á ponerse en marcha contra Lieja.

Gran número de señoras de distinción residentes entonces en Perona, hallábanse en las murallas y fuertes exteriores de la ciudad ataviadas con sus más ricas galas, para ver pasar á los gallardos guerreros que partían. La condesa de Crève-Cœur había llevado consigo á Isabel, que mostró gran repugnancia en seguirla; pero Carlos había ordenado perentoriamente, que la que debía la recompensa del vencedor, se mostrase á los caballeros que iban á entrar en la lucha.

Cuando desfilaban, después de haber pasado la puerta, distinguíase más de una bandera y escudos con nuevos emblemas que expresaban la firme resolución de los caballeros de hacer todo lo posible para ser dignos de tan hermoso premio. Viérase aquí un corcel precipitándose á la carrera, allá una flecha lanzada contra el blanco; uno llevaba pintado en su escudo un corazón traspasado para indicar su pasión; otro una calavera y una corona de laurel, para manifestar su determinación de vencer ó morir. Difícil sería hacer una descripción de todos estos emblemas, tanto por lo dilatado y engorroso, como por existir algunos que habían tenido el arte de pintarlos tan complicados y oscuros, que dejaran burlada seguramente la ciencia del más hábil intérprete. Ya se deja adivinar también que cada caballero hizo corvetear, lo más graciosamente que pudo á su caballo, y tomó en la silla la más airosa actitud al pasar por delante de aquel bello enjambre de damas y señoritas, que estimulaban su valor con agradables sonrisas, agitando sus velos y pañuelos. Los arqueros de la Guardia, escogidos de entre la primera flor de la nación escocesa, se atrajeron en especial las miradas

y aplausos por su bello porte y la magnificencia de su traje.

Uno de estos extranjeros se atrevió á hacer un cumplimiento particular á la condesa Isabel, manifestando que la conocía; cuya libertad se guardaron bien de tomar ni aun los



más nobles caballeros franceses. Era Quintín Durward, quien, pasando por delante de ella, le presentó respetuosamente en la punta de la lanza la carta de su tía, que le fuera entregada por Hayraddin.

—¡Por vida mía!—exclamó el conde de Crève-Cœur—¿hase visto una insolencia igual á la de ese indigno aventurero?

—No le déis ese nombre, Crève-Cœur—dijo Dunois—tengo buenas razones para abonar su valor, y aun por esa misma dama cabalmente hubo de acreditarlo.

—He aquí mucho ruido por poca cosa—dijo Isabel ruborizándose de enojo.—Esta es una carta de mi desgraciada tía. Me escribe chistosamente, aunque su situación debe ser espantosa.

—Veamos, veamos—dijo Crève-Cœur—participadnos lo que os dice la esposa del Jabalí.

La condesa Isabel leyó la carta, en que su tía procuraba hacer valer lo mejor que pudo una mala especulación y compensar la falta de decoro de su precipitado matrimonio, con la exagerada felicidad de tener por esposo á uno de los hombres más esforzados del siglo, que acababa de ganar un principado con su valor. Suplicaba á Isabel que no juzgase á su Guillermo, según ella le llamaba, por lo que oiría decir á los demás, sino que aguardara á hacerlo cuando le conociese personalmente. «¿De qué podrán acusarle?—añadía.—¿De que tiene sin duda sus defectos? Los mismos se ven ciertamente en hombres á quienes tributara siempre la mayor veneración. ¿De que es aficionado al vino? El valiente señor Godofredo, uno de sus abuelos, no le iba en zaga. ¿De tener el carácter violento y aun sanguinario? Tal hubiera sido el del conde Reinaldo, padre de Isabel, de feliz memoria. ¿De ser brusco en su conversación? ¿Qué alemán deja de serlo? ¿Algo imperioso y amigo de salirse con la suya? ¿Á qué hombre no le gusta predominar?» Esta comparación justificativa era mucho más extensa y terminaba por suplicar á Isabel que procurase sustraerse del poder del tirano de Borgoña, por medio del portador de su carta, para pasar á la corte de su amado esposo en Lieja, donde las leves diferencias que podrían existir entre ellas relativamente á sus mutuos derechos de sucesión al condado de Croye, se arreglarían fácilmente por medio del matrimonio de Isabel con Carl Eberson, algo más joven á la verdad que su futura esposa; pero esta diferencia de edad, como lo decía la condesa Amelina, acaso por experiencia, era un inconveniente que podía sopor-

tarse más fácilmente de lo que su sobrina imaginara (1).

Detúvose aquí Isabel por la observación que con semblante mojigato hizo la abadesa, de que aquello era ocuparse demasiado de las vanidades del mundo, y por haber exclamado el conde de Crève-Cœur:

—¡Al diablo, esa bruja seductora! Su carta se parece á un pedazo de queso frito en una ratonera. ¡Malhaya, amen mil veces la vieja, tan ducha en imposturas!

La condesa de Crève-Cœur reconvino gravemente á su marido por esta exclamación, que le pareció demasiado dura.

—Guillermo de la Marck—dijo—puede haber engañado á la condesa Amelina con una apariencia de cortesanía.

—¡Él manifestar una apariencia de cortesanía?—exclamó el conde.—No, no; yo le absuelvo del pecado de disimulo en esta parte. Cortesanía! más bien podríais esperarla de un jabalí de veras. Mejor efecto haría una hoja de oro sobre el hierro viejo y mohoso de una argolla. No—repito—por idiota que ella sea, no es tan bestia todavía que se haya enamoricado del zorro que la zampó en su misma madriguéra. Pero vosotras, las mujeres, todas sois cortadas por una misma tijera. Con cuatro palabritas azucaradas se os embauca, y casi me atrevo á decir que mi linda prima arde ya en deseos de ir á reunirse con su tía en el paraíso de esa loca, y aun de dar la mano al hijo del Jabalí.

—Lejos de ser capaz de tal disparate—dijo Isabel—deseo ahora doblemente el castigo de los asesinos del buen obispo, á fin de que mi tía no se halle por más tiempo en poder de tal malvado.

—Tan dignos sentimientos me hacen reconocer en vos la noble heredera de los condes de Croye—dijo Crève-Cœur; y no se trató más de la carta.

Pero es fuerza advertir que Isabel, leyendo á sus amigos la carta de su tía, no juzgó necesario participarles el contenido de una postdata en que la condesa Amelina, como suelen hacerlo las señoras, dábale circunstanciados detalles de sus

(1) Casi juzgo inútil añadir que el casamiento de Guillermo de la Marck con la condesa Amelina no pasa de ser una ficción, lo propio que aquella dama. La verdadera esposa del Jabalí de las Ardenas fué Juana de Arshel, baronesa de Scoonhven.

ocupaciones, y le decía que por entonces había suspendido el bordado de una rica sobrevesta que destinaba á su marido, en que resaltarían reunidas las armas de Croye y De la Marck, en atención á que su Guillermo había resuelto, á consecuencia de un plan político, que algunos de sus súbditos llevasen sus armas y se adornasen con su traje en la primera acción de guerra que ocurriese, y tomar él mismo el escudo de armas de Orleans con la banda de bastardía, es decir los blasones de Dunois. Venía también dentro de la carta un billetito, cuyo contenido tampoco creyó prudente comunicar, y que sólo contenía estas pocas palabras, escritas por diferente mano: «Si pronto no adquirís noticias mías por la fama, deducid en consecuencia que he muerto, pero de un modo digno de vos.»

Una idea que siempre había hasta entonces desechado como increíble, se ofreció en aquel instante con doble fuerza al espíritu de Isabel. Y como el ingenio de una mujer suele ser fértil y abundante en medios para la realización de sus proyectos, supo gobernar tan bien las cosas, que antes que las tropas hubiesen partido, recibió Durward por mano desconocida la carta de la condesa Amelina, con tres cruces al margen del párrafo en que se hablaba del proyecto de Guillermo de la Marck, para llamar su atención, y luégo venían añadidas las siguientes palabras: «El que no temió las armas de Dunois cuando brillaban en el pecho del valiente guerrero á quien legitimamente pertenecen, menos las temerá cuando un tirano asesino pretende disfrazarse con ellas.

El joven escocés besó y apretó una y mil veces contra su corazón este útil aviso, pues le indicaba el camino que debía seguir para llegar al punto donde el honor y el amor hallarían una recompensa; y le comunicaba un secreto ignorado de todos los demás, para conocer á aquél cuya muerte podía sólo dar vida á sus esperanzas; secreto que prudentemente resolvió guardar en lo íntimo de su corazón.

Vió, sin embargo, la necesidad de obrar de un modo distinto en punto al aviso que le diera Hayraddin, puesto que la salida que se proponía hacer Guillermo de la Marck podía causar la destrucción del ejército sitiador si no se burlaba su estratagema; tan difícil era, en un género de guerra muy poco usado en aquella época, evitar la confusión de una sorpresa

nocturna. Después de haberlo reflexionado mucho, resolvió participar personalmente este ardid á los dos príncipes reunidos, acaso porque temía que si comunicaba á Luís en particular tan fina como bien tramada astucia, podría llegar á ser una tentación sobrado fuerte para la probidad equívoca de este monarca, y que le viniese en mientes el cooperar al logro de esta intentona antes que impedir su cumplimiento. Decidió pues aguardar, para descubrir este secreto, que Luís y Carlos se hallasen juntos; pero esta ocasión era posible que tardara en presentarse, pues ninguno de ellos era muy aficionado á la sujeción que les impusiera la sociedad ó compañía de su rival.

Entre tanto el ejército confederado continuaba su marcha y entró muy pronto en el territorio de Lieja. Allí los soldados borgoñones, ó á lo menos una parte de ellos, es decir, aquellas bandas á quienes se había dado el nombre de *Écorcheurs*, esto es, desolladores, dieron pruebas positivas de merecer tan honroso título por el modo con que trataron á los aldeanos, so pretexto de vengar la muerte del obispo. Esta conducta perjudicó mucho á la causa de Carlos; pues los aldeanos maltratados, que hubieran podido permanecer neutrales en esta contienda, tomaron las armas para defenderse, les hostigaron en su marcha, atacaron los destacamentos que se separaban del cuerpo del ejército, y replegándose por fin sobre Lieja, fueron aumentando las fuerzas de los que estaban resueltos á defender esta ciudad con el valor de la desesperación. Los franceses, por el contrario, reducidos á muy corto número, y aun este la flor y nata de las tropas de su país, permanecían siempre bajo sus banderas con arreglo á las órdenes del rey y observaban la más estrecha disciplina: contraste que aumentó las sospechas de Carlos, quien no pudo menos de notar que obraban mejor como amigos de Lieja que como aliados de Borgoña.

Por fin, el ejército reunido, sin haber experimentado ninguna resistencia formal, llegó al rico valle del Mosa, delante de la grande y populosa ciudad de Lieja. Vieron allí que el castillo de Schonwaldt había sido arrasado; y supieron que Guillermo de la Marck, que no tenía más virtudes que algún talento militar, había concentrado todas sus fuerzas en la ciudad y resuelto evitar toda acción en campo llano con los ejércitos de Francia y de Borgoña, pero no se pasó mucho

tiempo sin que los invasores experimentaran el peligro que hay siempre en atacar una grande y populosa ciudad, aunque abierta, cuando los habitantes están decididos á obstinada defensa.

Desmantelada Lieja, y con anchas brechas abiertas en sus murallas, imaginaron los borgoñones que componían la vanguardia que nada podía impedirles penetrar en la ciudad. Entraron, pues, sin precaución en uno de sus arrabales, gritando descompasadamente:

—¡Borgoña! ¡Borgoña! ¡Sangre! ¡sangre! ¡Todo es nuestro aquí!... ¡Acordaos de Luís de Borbón!

Pero como se internaron desordenados por estrechas calles, y se dispersaban para entregarse al pillaje, un numeroso cuerpo de habitantes salió repentinamente de la ciudad, echóseles encima, é hizo en ellos horrible mortandad. Las mismas brechas de las murallas sirvieron á Guillermo de la Marck para mandar salir á un mismo tiempo á los defensores de la ciudad por varios puntos, y entrando estos destacamentos por diferentes lados en el mencionado arrabal, atacaron á los acometedores de frente, por flanco y retaguardia. Sorprendidos éstos por tan vivo é inesperado ataque de unos enemigos, que parecían irse multiplicando, apenas se sirvieron de las armas para defenderse, y la noche, que empezaba á difundir sus sombras, aumentó todavía su confusión y peligro.

Al llegar esta noticia al duque Carlos, dióle un arrebato de cólera, que no logró apaciguar el ofrecimiento que le hizo el rey Luís de enviar su caballería francesa en socorro de la vanguardia para sacarla de apuros. Rechazando la oferta en rudo y desabrido tono, quiso ponerse él mismo á la cabeza de su guardia para ir á libertar á aquellas tropas que incautamente se comprometieran en su avance; pero Crève-Cœur é Hymbercourt le rogaron que se sirviese darles esta comisión, y dirigiéndose por dos distintos puntos al lugar de la acción, con mejor orden que el empleado hasta entonces, y de modo que pudieran mutuamente sostenerse, aquellos dos célebres capitanes lograron rechazar á los liejenses y libertar la vanguardia, que á más de los prisioneros, sufrió una pérdida de ochocientos hombres por lo menos, de los cuales un centenar eran hombres de armas ó caballería escogida.

Los prisioneros, sin embargo, no fueron muchos; á la ma-

yor parte les libró aún Hymbercourt, que habiendo quedado dueño del arrabal, colocó una gran guardia en frente de la ciudad, separada de este punto por un espacio descubierto de siete á ochocientos pasos, que formaba una esplanada sin ningún edificio que pudiese perjudicar á la defensa de aquella. No había ningún foso entre la ciudad y el arrabal, porque el terreno era demasiado pedregoso para poder abrir uno en dicho sitio. En frente del arrabal veíase una puerta favorable para las salidas, lo propio que dos ó tres brechas inmediatas, que eran de las que el duque mandara abrir en las murallas después de la batalla de Saint-Tron, y que los liejenses se habían limitado á reparar con estacadas. Hymbercourt mandó apuntar dos culebrinas contra la puerta, y dirigió otras dos hacia las brechas, á fin de imponer á los que quisieran salir de la ciudad, y volvióse en seguida al cuerpo del ejército borgoñón, que encontró en el mayor desorden.

El hecho fué que el centro y la retaguardia del numeroso ejército del duque continuaran avanzando; mientras que la vanguardia rechazada se retiraba desordenada y precipitadamente. Los fugitivos chocaron con los cuerpos que venían de frente, y causaron en ellos una confusión que se propagó de fila en fila. La indispensable ausencia de Hymbercourt, que llenaba las funciones de mariscal de campo, ó como diríamos ahora, de general en jefe, aumentó el desorden, y para que nada faltase, cerró la noche oscura como boca de loco, sobrevino una fuerte lluvia, y el suelo, en que debían precisamente tomar posición los sitiadores, era pantanoso y cortado por diferentes canales.

Apenas sería posible formarse una idea de la confusión que reinaba entonces en el ejército de Borgoña. Los jefes no encontraban á los soldados y los soldados estaban separados de sus banderas y oficiales: todos, desde el primero hasta el último, buscaban acomodo y asilo en donde podían individualmente encontrarlo. Los fugitivos, rendidos por la fatiga y heridos la mayor parte, clamaban en vano por alimento y socorro; la retaguardia, ignorante de tan desastroso acontecimiento, marchaba á paso redoblado y se confundía con el desordenado centro, temiendo llegar demasiado tarde para tomar parte en el saqueo de la ciudad, que creía alegremente haber ya empezado.

Hymbercourt, al llegar, vió que el establecer el orden era empresa de difícil desempeño, y llenóse de nueva amargura á causa del furor á que se entregó su amo, sin tener ningún miramiento al encargo todavía más urgente que acababa de desempeñar. Toda la paciencia del valiente caballero no pudo resistir á las injustas reconvenciones del duque.

—Señor—le dijo—con arreglo á vuestras órdenes he partido á socorrer la vanguardia: á cargo de Vuestra Alteza quedó el cuidar del cuerpo principal del ejército; y después de desempeñar mi comisión le encuentro en tal desorden, que la vanguardia, el centro, la retaguardia, todo está confundido.

—Mejor; así nos parecemos á un barril de arenques—dijo Glorioso—y esta es la más natural comparación para un ejército flamenco.

El chiste del bufón hizo reir al duque, é impidió tal vez que tuviese mayor trascendencia el altercado entre él y el barón de Hymbercourt.

Apoderáronse de una pequeña *lust-haus*, ó casa de campo, propia de un rico vecino de Lieja; mandóse desocupar por todos los que la habitaban, y el duque estableció en ella su cuartel general. Hymbercourt y Crève-Cœur colocaron allí cerca una guardia de cuarenta hombres de caballería escogida: los soldados, habiendo demolido algunos edificios exteriores dependientes del principal, sirviéronse de sus ruinas para encender una grande hoguera.

Á poca distancia sobre la izquierda, entre esta casa y el arrabal que, como hemos dicho, estaba en frente de una de las puertas de la ciudad, ocupado por la vanguardia del ejército borgoñón, veíase otra quinta situada entre un patio y un jardín, que tenía á sus espaldas dos ó tres pequeños cercados. Aquí fué donde el rey de Francia estableció su cuartel general. No se gloriaba de poseer grandes conocimientos militares; pero su nada común sagacidad suplía por ellos, reuniendo además natural serenidad en los peligros. Tenía siempre sumo cuidado en emplear los más hábiles y experimentados en aquella profesión y depositaba en ellos la confianza que merecían. Luís y los principales personajes de su séquito se alojaron en esta casa; parte de los arqueros de la guardia escocesa fueron colocados en el patio, donde había algunos edificios que podían servirles de cuartel, y los otros viva-

quearon en el jardín. Las demás tropas francesas se acamparon en las inmediaciones en buen orden, y estableciéronse puestos avanzados para dar la señal de alarma en caso de ataque.

Dunois y Crawford, auxiliados de algunos antiguos oficiales y soldados, entre los cuales se distinguía el Acuchillado por su actividad, lograron, derribando paredes, taladrando setos, llenando zanjas y haciendo otras operaciones semejantes, facilitar la comunicación entre los diferentes cuerpos, de modo que pudiesen reunirse cómodamente y sin confusión si necesario fuese.

Luís, entre tanto, juzgó á propósito pasar sin ceremonia al cuartel general del duque de Borgoña, para enterarse del plan de operaciones que había adoptado, y preguntarle en qué deseaba que cooperase á él. Su presencia fué causa de que se celebrase un consejo de guerra, formalidad en la cual, sin esto, acaso no pensara el duque.

Entonces fué cuando Quintín Durward pidió ser admitido, é insistió vivamente en ello, manifestando que tenía que comunicar un negocio muy importante á entrambos príncipes. No tuvo que vencer muchas dificultades para lograr ser introducido en la sala del consejo, y Luís quedó sumamente admirado oyéndole detallar con serenidad y precisión el proyecto concebido por Guillermo de la Marck, de hacer una salida nocturna contra el campo de los sitiadores, tremolando banderas francesas y con soldados que vistiesen uniformes de aquella nación. Luís hubiera preferido sin duda que tan importante noticia se le hubiese participado á solas; pero como acababa de ser públicamente referida, contentóse con decir que «una confidencia de esta clase, verdadera ó falsa, merecía particular atención.»

—Yo opino todo lo contrario—dijo con indiferencia el duque—si tal proyecto hubiese existido, no sería un arquero de la guardia escocesa quien vendría á participármelo.

—Sea lo que fuere, querido primo—respondió Luís—ruégoos que tengáis entendido vos y vuestros capitanes, que para precaver las desagradables consecuencias que podrían resultar de un ataque de esta clase, si llegara á verificarse, daré orden á todos mis soldados que lleven una faja blanca en el brazo... Dunois, id á dar disposiciones inmediatamente para

la ejecución de esta orden... se entiende, si es del agrado de nuestro hermano, de nuestro general.

—Nada tengo que objetar—dijo el duque—si los nobles franceses quieren correr el riesgo de ser llamados en lo sucesivo *caballeros de la manga de camisa*.

—No sería descabellado el apodo, amigo mío—dijo Glorioso—puesto que una mujer debe ser la recompensa del más valeroso.

—¡Bravo, Sabiduría!—dijo Luís.—Buenas noches, primo: voy á armarme... pero, á propósito: si conquisto yo mismo á la condesa, ¿cómo lo gobernaremos entonces?

—En este caso—respondió el duque con voz alterada—será preciso que Vuestra Majestad pase á ser un verdadero flamenco.

—No puedo ya serlo más de lo que soy—replicó el rey con un tono de la más sincera familiaridad.—Todo lo que yo quisiera, querido primo, es que estuviéseis bien convencido de ello.

El duque sólo respondió dando al rey las buenas noches con un tono que se parecía al resoplido de un caballo bravío, que se niega á las caricias del jinete que va á montarle, y quien á este efecto le toca suavemente para que se esté quieto.

—Bien pudiera perdonarle toda su doblez—dijo el duque á Crève-Cœur luégo que el rey hubo partido—pero no le perdono el creerme tan soberanamente necio que me deje alucinar por sus protestas.

Luís, de regreso á su cuartel general, tenía también sus conferencias que hacer á Oliverio el Gamo.

—Ese escocés—le dijo—es un tal conjunto de disimulo y sencillez, que no sé qué pensar ni qué hacer de él... ¡Maldito sea! Fué por cierto imperdonable locura ir á publicar el proyecto del honrado De la Marck en presencia de Carlos, Crève-Cœur y de todos esos borgoñones, en lugar de venir á contármelo al oído, para dejarme á lo menos la libertad de declararme en pro ó en contra.

—Vale más que las cosas se hayan pasado así, señor—respondió Oliverio.—Hay muchos en vuestro ejército que tendrían á cargo de conciencia atacar á los borgoñones sin provocación, y pasar á ser auxiliares de Guillermo de la Marck.

—Tienes razón, Oliverio—replicó el monarca—existen efectivamente tales imbéciles en el mundo, y no tenemos tiempo suficiente para neutralizar sus escrúpulos con una dosis de interés personal. Preciso es, Oliverio, que seamos leales y seguros aliados de Borgoña, por esta noche á lo menos. Los tiempos venideros pueden acaso ofrecernos alguna favorable suerte: vé á dar la orden que nadie deje las armas, y en caso de necesidad que carguen tan vigorosamente á los que griten: *¡Francia y san Dionisio!* como si gritasen *¡Infierno y Satanás!* Yo mismo pasaré la noche sin quitarme la armadura. Que Crawford coloque á Quintín Durward de primer centinela avanzado del lado de la ciudad: justo es que sea el primero en sacar partido del aviso que nos ha dado. Si tiene la felicidad de escapar, tanta mayor será su gloria. Pero, sobre todo, Oliverio, tenme particular cuidado con Marcio Galeoto, procura que permanezca en la retaguardia ó en algún otro punto donde se halle en completa seguridad. Es muy inclinado á aventurarse, y podría darle la locura de querer ser soldado y filósofo á un mismo tiempo. Trata de cumplir todo esto, Oliverio, y buenas noches. ¡Dígnense Nuestra Señora de Clery y el glorioso san Martín de Tours ampararme en mi descanso! (1)

(1) Véase la nota *Y. Ataque de Lieja.*

CAPÍTULO XXXVII.

La salida.

Miró, y vió una inmensa muchedumbre que salía de las puertas de la ciudad.

MILTON.—*El Paraíso reconquistado.*

Pronto reinó un profundo silencio en el numeroso ejército que estaba reunido bajo las murallas de Lieja. Durante largo rato, los gritos de los soldados repitiendo sus señas y procurando incorporarse cada uno bajo sus banderas, resonaron como los ladridos de los perros extraviados que buscan á sus amos. Pero agotadas sus fuerzas al fin por las fatigas del día, se refugiaron en cuantos sitios de abrigo pudieron encontrar; y los que se vieron privados de esta ventaja se echaron por el suelo á lo largo de las paredes, de los setos ó allí donde encontraban una guarida contra los elementos para esperar la venida del día, día que algunos de ellos no debían ver. Cerró un profundo sueño los ojos de todos en el campamento, excepto los de aquellos que, abrumados de cansancio, hacían la guardia delante del cuartel general del rey y del duque.

Los peligros y las esperanzas del siguiente día, y hasta los proyectos de gloria que muchos caballeros jóvenes formaban pensando en el espléndido premio ofrecido al que vengara la muerte del obispo de Lieja, cedieron á la fatiga y el sueño, pero no sucedió lo mismo á Quintín Durward. La certidumbre de que él solo poseía los medios de distinguir á Guillermo de la Marck en la refriega, el favorable presagio que podía